

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# LAS LETRAS Y LOS GRANDES

DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE SU SOLEMNE RECEPCION

EL DÍA 10 DE MAYO DE 1914

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

Y CONTESTACIÓN DEL SEÑOR

DON EMILIO COTARELO Y MORI



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS MARTÍN

Plaza de San Javier, número 6.

1914



DISCURSOS

DEL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

Y DEL SEÑOR

DON EMILIO COTARELO Y MORI



86-5 (46.85)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



# LAS LETRAS Y LOS GRANDES



DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU SOLEMNE RECEPCION

EL DÍA 10 DE MAYO DE 1914

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

Y CONTESTACIÓN DEL SEÑOR

DON EMILIO COTARELO Y MORI



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME RATÉS MARTÍN

Plaza de San Javier, número 6.

1914



DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT



Sí; lo deseaba con toda mi alma, Señores Académicos. Era ya mi sola aspiración la que vuestros generosos votos han colmado, libre enteramente, como Dios y las circunstancias me hicieron, de todo otro linaje de ambiciones. Sin que la menor codicia de los honores ni de las distinciones me tiente, ajeno á toda sugestión de personal encumbramiento, desligado de todo lo que la vida pública confiere, siempre entre libros, pergaminos y papeles, sólo soñaba con que me abriérais algún día las puertas de esta casa, dándome la única recompensa que pudiera halagarme y satisfacerme. No es un afectado menosprecio de lo que otorga prodigamente a los que se le consagran la política, merecedora de mis mayores respetos cuando la ejercen gravemente íntegros y austeros varones, no más que al servicio del Rey y de la Patria desinteresada y noblemente consagrados; ni es desdén ridículo e injustificado de los mismos honores, recuerdo, cuando se atribuyen en justicia, de grandes sacrificios, de grandes trabajos y de especiales

merecimientos, y que en tamaño grado enaltecen al que los lleva cuando tiene la conciencia de que los conquistara en buena lid; es, simplemente, que entregado yo toda la vida, ya no corta, al culto apasionado de las Letras, las he puesto sobre todo y antes que todo, consagrándome, va para largos años, sola y exclusivamente a su servicio, reconociéndolas y acatándolas como a mis altísimas soberanas, únicas de las que con algún derecho podría atreverme a solicitar mercedes y favores. Precoz enamorado de la Historia, a su culto me dediqué, casi desde niño, como mejor pude y supe; pero nunca la quise sino revestida y adornada de todas las galas y de todos los encantos de la forma, sin que jamás imaginara que los claros hechos que la constituyen pudieran referirse sin el auxilio de la elocuencia, que los grandes personajes que la hicieron pudieran retratarse sin los vivos colores que han de dar de sus señaladas figuras fiel reflejo, que las nobles ideas que en el fondo de sus misteriosas combinaciones palpitan pudieran dejar de revestirse de la majestad que les compete, que las sublimes enseñanzas que ella entraña para el pensador y el patriota pudieran aparecer en ningún caso sin toda la grandeza maravillosa de nuestra lengua sin igual. Así, esclavo siempre de la verdad histórica, pero al mismo tiempo gustosamente sometido al culto de la forma literaria, no las vi jamás desunidas ni divorciadas, marchando cada una por diverso camino, sino que siempre las contemplé enlazadas estrechamente, verdadera-

mente inseparables, y como confundiéndose y completándose. Varios libros hice que todos vosotros conocéis, sin otro mérito que el de haberlos encajinado, con más o menos desacierto en la ejecución, a la gloria de mi Patria y de las instituciones seculares, a cuya sombra protectora, *cuando Dios quería*, ella fué grande. Con esta ambición única, creyendo que esos libros pudieran darme algún motivo para satisfacerla, me permití llamar a vuestras puertas, va ya para siete años, impaciente acaso del honor que yo creía que llenaba, aunque en realidad excediera, el límite más remoto de mis esperanzas: honor que dos hombres ilustres me disputaron por entonces, proporcionando a mi amor propio la estéril complacencia de una relativa victoria, que no fué bastante a darme, por exigencias de vuestro reglamento, el puesto que pretendía a vuestro lado. No diréis que en todo ese tiempo he vuelto a molestaros mucho ni poco: guardé mi decepción, sin duda justa, dentro de mí: escondí en mi pecho cuanto pudiera recordaros lo pasado: el hombre insigne, que figuraba dignamente a vuestra cabeza, y con cuya amistad me honraba, pasó de entre nosotros, para desdicha de todos, sin que yo hubiera renovado en su presencia la más leve expresión de lo que continuaba siendo mi aspiración más ardiente: si a alguno os habló de ello, fué por espontáneo impulso de su voluntad: su grande espíritu más lo adivinó que lo supo.

Hoy, después de tan prolongado silencio, ha querido vuestra bondad, no sé si principalmente

en recuerdo suyo, darme el lugar soñado, que no volví a pedirlos, entre los celosos guardianes del gran depósito literario, entre los que representáis con tanta gloria el patriarcado de nuestras Letras; y de la vieja casa donde la Historia se aposenta, del caserón vetusto que sirve de alcázar modesto a señora tan principal, me habéis traído a este regio palacio de la patria Literatura, donde estas grandes tradiciones nuestras tienen su nobilísima morada. No extrañaréis, espero, que os haya abierto tan por completo mi corazón, pues así, sabiendo bien todo lo intenso y viejo de mi deseo, podéis medir mejor lo profundo de mi gratitud.

Pero ahora, al verme aquí y entre vosotros todos, los que formáis esta Corporación gloriosa, oradores elocuentes, críticos autorizados, afamados novelistas, aplaudidos dramaturgos, filólogos y gramáticos eminentes, prosistas ilustres y geniales poetas, grandes escritores de todo orden, maestros respetados de la pluma y de la palabra, que constituís en este momento la Real Academia Española, es cuando se me presenta de improviso la idea de mi pequeñez, en que antes no pensaba, cuando me encuentro, sin darme cuenta, frente a frente de mi insuficiencia, dada antes al olvido; y ni siquiera alcanzo a comprender de qué manera podré yo, con mis débiles medios, contribuir en algo a vuestras difíciles tareas.

Y sube mi confusión de punto, cuando veo que me destináis el asiento que ocuparon en el transcurso de dos siglos, en tan larga y brillante serie, tantos hombres esclarecidos, que son vuestro orgullo y de la Patria toda, y cuyo recuerdo me abruma, como de sobra comprenderéis con sólo traer un instante sus preclaros nombres a vuestra memoria. Porque ésta es la Silla académica en que se sentó el primero, a raíz de vuestra fundación, aquel Don Vincencio Squarzafigo, Señor de la Torre del Pasaje en Guipúzcoa, de nombre italiano y antes griego, pero de corazón español, que fué vuestro primer Secretario perpetuo, firmante como tal del acta primera de vuestra Corporación, después vuestro primer Tesorero, el primer historiador de la Academia, cuya selecta Biblioteca fué la base de la que hoy poseéis, célebre entre vosotros por su laboriosidad y su celo, que alguien tuvo por el alma de ella en su primera y más difícil etapa, y él sólo bastante a honrar el sitio que ocupó veinticuatro años. Esta es la Silla en que se sentó luego Don Francisco-Manuel de la Mata-Linares, Señor de Vallecillo, Regidor perpetuo de esta Villa y Corte y de la Ciudad de Valladolid, sabio e integérrimo Magistrado, que llegó a los Consejos Supremos de Castilla y de la Guerra, después de haber sido Colegial y Rector en el Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca, Oidor de Sevilla y Alcalde de Casa y Corte, sujeto—dice su biógrafo—igualmente instruido en las Letras humanas que en las leyes de que fué lumbrera. La que ocupó más tarde el XI Du-

que de Villahermosa Don Juan-Pablo de Aragón-Azlor—el nieto del famosísimo Maestro, hermano mayor del Rey *Católico*—, modelo acabado de los grandes Señores de entonces y de siempre, de cuya vida ejemplar tuve el placer de ser alguna vez historiador, aunque a él ya le hubiera cabido la suerte de encontrar antes mejor panegirista en un gran literato, Jesuíta por más señas, que es de los vuestros; y al cual las atenciones de la Corte, y las de la diplomacia, en que llegó a ser Embajador en Turín y en Versalles, no impidieron que tomase aquí mucha parte en la tercera edición de vuestro Diccionario, y en la del *Fuero Juzgo*, y en la discusión de la Gramática, dando en todo claras muestras de su rara aplicación y de su agudo entendimiento. La Silla que vino a ser después—dejadme que me detenga algo más y aún con mayor cariño en su recuerdo—de Don Antonio Porlier y Sopranis, el primer Marqués de Bajamar, canario como yo lo soy, venido como yo del Archipiélago misterioso y distante, que la Musa antigua bautizara, en justo tributo a sus bellezas de todo orden, con el nombre merecido de *Afortunado*; afecto especialmente como yo a la Isla de Tenerife, la del Pico famoso de Teide, a cuya sombra augusta soñó dichosa nuestra juventud, y, más que nada, a su noble Ciudad de San Cristóbal de La Laguna; paisano como yo del Padre Interián de Ayala y de los dos Iriartes, de tan grata memoria en vuestra Casa, insigne investigador él de las antigüedades isleñas, como yo lo fui siempre modesto, y él gran Ministro, político y ju-

rista de la mayor autoridad en España como en América. La Silla que fué después del por tantos títulos célebre Don José de Vargas Ponce, el marino historiador, en una pieza arqueólogo y poeta— como hay ahora mismo entre vosotros alguno —, el Director de la Academia de la Historia en momentos perturbados y difíciles, el que premiásteis por su perfecto *Elogio del Rey Sabio*, el autor renombrado de la *Proclama de un solterón*, de la *Vida de Ercilla* y del *Elogio histórico de Ambrosio de Morales*. La que ocupó, en sustitución de Vargas Ponce, Don Juan-Bautista Arriaza, marino como aquél, diplomático distinguido, fácil poeta, en su tiempo popularísimo y celebrado, el traductor en versos españoles de Boileau, el émulo de Quintana y de Gallego en sus soberbios cantos a la independencia y la libertad de nuestra España. La que tocó luego a Don Mariano Roca de Togores, el primer Marqués de Molíns, vuestro celoso Director, el reorganizador entusiasta y diligente de ésta y de todas las Academias nacionales, Diputado y Senador, Ministro de la Corona una y otra vez, Embajador en Roma y en París, orador parlamentario, político eminente, uno de los que más contribuyeron a la restauración feliz de la Monarquía, y de sus más grandes servidores después de restaurada; a quien nada de esto quitó el tiempo necesario para escribir *La espada de un caballero*, y *Doña María de Molina*, y *La Manchega*, para hacer versos, artículos y discursos académicos elocuentes, discretos y amenos como los que

más. Ésta es la Silla que ocupara ayer Don Francisco Silvela, otro político y gobernante, sobre todo y ante todo hombre de letras y sutil crítico, delicado y exquisito, el agudo comentarista de la Santa Monja de Ágreda, robado a la Academia y a la Patria bien prematuramente, cuando más podían esperar ambas de su experiencia y de sus luces; la que quisisteis dar después al modesto Sacerdote e investigador infatigable Don Cristóbal Pérez Pastor, a quien tanto debía nuestra historia literaria, sin que os consintiera su muerte verlo en ella, y a la que trajisteis, por fin, al Académico que lloráis aún, a Don Andrés Mellado y Fernández, para cuya sustitución me habéis bondadosamente designado. Ya veis que no exageraba cuando os decía que son estos recuerdos solos motivo bastante para producir en mi ánimo los sentimientos que antes os expuse, con la absoluta sinceridad que es propia mía y que vosotros en toda ocasión merecéis.

De todos esos hombres tan ilustres, y tan diferentes, que la Academia trajo sucesivamente a su seno, para sentarlos en esta Silla, hablaron como era debido, haciendo de cada uno el elogio que de derecho le correspondía, los que inmediatamente hubieron de sucederles, y a mí sólo me toca recordaros ahora al último que la ocupó, tan poco tiempo por desgracia. Porque hace apenas dos años que la voz grandilocuente del que era entonces

vuestro Director recibía aquí mismo al Sr. Mellado, y lo saludaba en párrafos de calurosa bienvenida, brillantes como suyos, en muy interesante sesión, que de fijo *no* habéis dado al olvido, porque ella ofreció singularísimo relieve, por la representación de ambos oradores, por consagrarse especialmente al recuerdo del ilustre académico recientemente desaparecido, de un lado la voz serena y tranquila, los acentos reposados del que llegaba, del otro la palabra ardiente, desordenada y avasalladora del gran Pidal, en la Presidencia de este estrado Canalejas, el primer Ministro del Rey, y ya vuestro electo, destinado a ser víctima de la Demagogia insaciable, el Saturno moderno, y sobre todos como flotando, simpática y amable, la sombra de Silvela, en aquellos instantes de solemne fiesta para la gloria del idioma, por Mellado justamente reconocido como «nuestro mayor y más ilustre título de honor y de esperanza».

Penetraba él por esas puertas proclamando satisfecho su abolengo literario: «vengo de la prensa y del periodismo», fueron las primeras palabras que hubo de pronunciar ante vosotros; porque es verdad que este compañero vuestro, sobre Diputado a Cortes y Senador del Reino, sobre Alcalde de la Villa y Corte, sobre Ministro de la Corona, fué siempre periodista, y periodista singular, del que pudo decir con razón la voz autorizada del que lo recibía en vuestro nombre, que jamás escribió cosa que no sintiera, que buscó siempre en sus escritos la verdad, que reflejó siempre en sus artículos,

con lealtad acrisolada, el estado de su conciencia. No era él entre vosotros el primero a representar el llamado *cuarto poder*, que ya de tiempo atrás le habíais expedido grandes cartas de ciudadanía en vuestra gloriosa y ordenada República, trayendo a vuestro seno a Don Severo Catalina, a Selgas, a Gabino Tejado, a Fernández Flores, a Valentín Gómez, valientes luchadores en la prensa diaria, a quienes las necesidades modernas del producir a gran velocidad, según la frase francesa, no habían estorbado el constante mantenimiento del pensar maduro, del decir castizo y del escribir correcto. Había yo conocido a Mellado en el Congreso de los Diputados y en la Alta Cámara, con ocasión de los que en algún otro sitio he llamado sin rubor, en actos de pública y solemne penitencia, mis *devaneos parlamentarios*; pero, situados él y yo en campos distintos, donde más hube de apreciar su trato cortés y ameno, su conversación aguda y ocurrente, su juicio mesurado y su crítica templada y discreta, fué en un salón de Madrid bien conocido, en el salón de una dama ilustre y popular, entusiasta del ingenio, que los demás admiramos en ella, de una dama de Título extranjero, pero de sangre y de alma muy españolas, que ha sabido congregar a su alrededor, en grandes fiestas memorables y en íntimas pequeñas reuniones, con lo mejor de la sociedad, a literatos, políticos y artistas, como quizás nadie más que ella hace al presente entre nosotros. Allí era frecuente nuestro amistoso departir de cosas y personas con la literatura y la

prensa relacionadas, cuyo recuerdo fuera tal vez inoportuno e indiscreto, aunque él pudiera dar materia interesante, si bien resbaladiza, a todo mi discurso; y digo que resbaladiza, porque si algo resultase de él que fuera para la prensa de ahora menos grato, parecería que deseo sujetarme a cierta moda actual, que obliga a echar a la prensa la culpa toda de cuantos fieros males, horrores y desolaciones llueven a todo momento sobre la flaca humanidad, aun siendo todos, como todos somos, un poco periodistas, y no siendo en realidad los periódicos inferiores a los que los leen, y los pagan, y en ellos se inspiran, y celebran, cuando no buscan, verse festejados, aplaudidos y encumbrados con mayor o menor justicia por ellos; y si algo saliera de mis labios, que pudiera serles lisonjero, semejaría como adulación a ese terrible cuarto poder, en realidad omnipotente, tan ensalzado y tan combatido como ocurre con todos los poderes, objeto siempre de grandes odios y de grandes amores, y que hay que considerar nada más que con la filosófica serenidad que él merece, en su papel principalísimo dentro de las sociedades modernas, con todo el respeto que su ruda labor exige, con las excusas que requieren las mil dificultades de su complicada ejecución, pero siempre con la más absoluta independencia, hasta salvaje si se quiere, de sus reproches o de sus halagos. Lo que sí hay que decir aquí a una gran parte de la prensa diaria, por los que la queremos, sin acrimonia y cariñosamente, pero con firmeza y claridad absolu-

tas, es que hay que dar algo más de lo que, por regla general, ella da entre nosotros a las Letras: que no sea todo para la política absorbente, y lo poco que la política deje para los toros y los crímenes; que haya algún espacio, por ejemplo, para las grandes fiestas del espíritu, para las grandes solemnidades del entendimiento, como lo tiene siempre la gran prensa francesa, y lo tenía en otros tiempos la española, y no quede apenas para el hombre de pluma y de trabajo, que lucha en cuanto puede por la cultura y el progreso de la común patria, sino el modestísimo rincón y las líneas escasas que quieran dejarle en el periódico de gran circulación el crimen del día, la bailarina de moda o el torero de tanda.

Hay que recordar a nuestra prensa, para su provecho y el de todos, que Mellado fué un gran periodista porque fué un gran literato, como lo fueron los que antes cité, para hacer memoria sólo de los muertos, según es aquí entre vosotros loable costumbre. La misma pluma que escribía los artículos excelentes de *El Imparcial*, pesando de tal manera sobre las inteligencias españolas años y años, la misma pluma con que aquel periódico interpretaba el dolor público a la muerte prematura de nuestro malogrado Alfonso XII, y despertaba las públicas alegrías y las esperanzas nacionales ante el nacimiento, que pareció providencial, de Alfonso XIII, la misma pluma con que redactaba sus bien pensadas crónicas y revistas en los grandes órganos de la publicidad de Buenos-Aires y

La Habana, llevando a los pueblos nuevos de origen español el noble espíritu de la Metrópoli lejana, escribía el primoroso libro titulado *En Roma*, con que todos nos hemos deleitado, y esas *Escenas y cuadros* que materialmente nos trasladan, como por arte mágica, a aquellos días extraordinarios de la Historia, pareciéndonos vivir la misma vida extraña del pueblo romano decadente, y sentir los horrores de *Una tragedia bajo Calígula*, y estremecernos espantados ante *La demencia de los Césares*, como si nosotros mismos hubiéramos gemido bajo el fiero látigo de Domiciano y de Calígula, y ver asombrados la primera aparición de los cristianos, que un pobre judío de Palestina, apoyado en unos cuantos humildes pescadores, había levantado, sin otra ciencia que la de Dios, sin otras armas que las del propio sacrificio, frente al poder mayor que conociera jamás el mundo. Y, como gran literato que fué, fué Mellado también gran español, que las Letras son como el alma misma de la Patria, y así pudo evocar entusiasta nuestro pasado, ya escribiendo de la *Retirada del Duque de Alba*, ya cantando *El nacimiento de Lope*, y decir ante vosotros, cuando celebraba a Silvela, en ese discurso de su recepción, que es de los más bellos que aquí se han pronunciado, él, que se confesaba parte de una generación desgraciada, que lo era en Filosofía todo menos cristiana, todo en política menos gobernante, que os traía «entre las efusiones de la gratitud, amor religioso a nuestras glorias seculares, y fe y esperanzas fervientes en los

futuros providenciales destinos de la inmortal raza española». Y ya que yo no pueda consagrarle mi discurso todo, como él hizo a Silvela, y de modo tan acabado, declaro que me cabe una triste satisfacción en consignar siquiera ahora este corto recuerdo del hombre modesto, discreto y afable, del periodista honrado, del culto y correctísimo escritor, del buen patricio y excelente Académico a quien me toca suceder hoy entre vosotros.

Yo desearía, Señores Académicos, molestaros lo menos posible, y celebraríais poder dar, con lo dicho, por totalmente desempeñado mi cometido; pero quieren vuestras actuales leyes, lejanos ya los tiempos de las *Oraciones gratulatorias*, que esto haya de ser un discurso, y un discurso en que se trate de algún punto con la Literatura relacionado; por lo que, sometiéndome gustoso a sus mandatos, con promesa formal de no ser largo, un discurso será, para cuya materia, buscándola yo que encajara del todo en el círculo de mis predilecciones literarias, y que pudiera ser digna de este lugar y de vosotros, he pensado que podría hablaros algo de las relaciones existentes entre la Real Academia Española y la alta aristocracia de nuestro país, seguro de que estos nobles recuerdos no pueden dejar de seros gratos, y que no disonarán en el seno de la sabia Corporación que por su parte representa la alta aristocracia de las Letras, y en la casa

que debe su comienzo a tan principal y poderoso Magnate, como fué el Marqués de Villena y Duque de Escalona Don Juan-Manuel Fernández-Pacheco, vuestro egregio fundador. Si las Letras humanas constituyen sin duda la primera de las aristocracias, puesto que son, según la frase del pensador francés, la nobleza intelectual de las naciones, que es la mayor nobleza, y de ellas pudo decir un gran Prelado, honor de su país y de la Iglesia universal, que no les hay superior nada más que el Evangelio, resumen de las Letras divinas, no ha de parecer mal que en presencia de esta docta Compañía, encarnación de la aristocracia de la inteligencia, se recuerde a las otras aristocracias sus obligaciones con las Letras, haciendo ver a todos que el declinar de las instituciones nobiliarias coincide fatalmente con su alejamiento de las lides literarias e intelectuales, y que hay que conservar a todo trance el dominio sobre los espíritus, si los otros dominios han de mantenerse, o de recobrase alguna vez si desgraciadamente se han perdido.

El amor que sentí desde luego por mi Patria insigne y por su historia no igualada, llevóme como de la mano al amor de las viejas instituciones, que son en realidad los robustos pilares en que fuertes se cimentaron su vida, su grandeza y su gloria; amé, como español apasionado, la Iglesia, la Monarquía y la Nobleza, la gran trinidad con cuyo esfuerzo de siglos se tejió principalmente esa tela maravillosa que se llama la historia de España. Esta alta institución de la Nobleza española, naci-

da con la misma Monarquía en las asperezas de Covadonga, formada en ocho centurias de luchar porfiado e incesante, amasada con la propia generosa sangre, de que empaparon sus fundadores el suelo que hacían suyo, mereció desde luego mi más respetuoso cariño, y yo no creo necesario formular la menor protesta de que sólo me inspira para juzgarla el interés vivísimo que este historiador de su pasado ha de abrigar forzosamente por su porvenir. Yo he de expresarme aquí con toda aquella delicadeza y con toda aquella cortesía que el lenguaje académico impone, y que a mí me exigiría siempre y en todo caso mi decidida voluntad, pero al mismo tiempo con toda la sinceridad, y toda la claridad, y hasta la rudeza que son del caso, si lo que diga ha de servir para hacer alguna impresión en aquellos para quienes hablo, si no con la escasa autoridad mía, con la que puedan prestarme más que nada el sitio, la ocasión y la gravedad reconocida del cuerpo literario que me abre en estos momentos sus puertas.

Una de las grandes vulgaridades, que como todas la vulgaridades se repite y hasta corre de generación en generación, es esa de que fué la Nobleza de España enemiga del saber y de las Letras, cuando es lo cierto que, en medio de la brega de todos los instantes, en que esa Nobleza nació, y creció, y se desenvolvió un siglo y otro, dentro de ese rudo vivir de la Edad Media, en el fragor jamás interrumpido de las armas, con que, por su Dios y por su Rey, iba recobrando a palmos la

tierra de España, ella se abrió, en sus más altas representaciones, a las delicias supremas de las Letras y del saber, embrionarias como lo era todo en aquellos días remotos. Todavía en pleno siglo XIII, a ejemplo de sus propios Reyes, que ya ganaban el dictado de *Sabios*, la alta Nobleza aparece manejando la pluma con la misma destreza que la espada, destacándose entre sus brumas la figura original de Don Juan-Manuel, Príncipe más que Rico-hombre, Hijo de Infante y Nieto de Rey, inseparable de los comienzos lejanos de nuestras Letras: llena el siglo XIV el claro nombre del Gran Chanciller Don Pero López de Ayala, y son del XV Fernán Pérez de Guzmán, el Señor célebre de Batres, y el legendario Don Enrique de Villena, nieto del *Duque Real*, y el Almirante Mayor de la Mar Don Diego Hurtado de Mendoza, y el inquieto Duque de Arjona, y el gran Marqués de Santillana, y Don Jorge Manrique, el hijo del Maestre de Santiago, y el Condestable Don Álvaro de Luna, precursores del florecer espléndido que había de representar para las Letras el siglo XVI. Así, mientras esa Nobleza, que no sólo sabía leer y escribir, sino que era maestra consumada en *canziones y dezires*, batallaba sin descansar, y recobraba lentamente el suelo, profanado por la morisma, y lucía en las Navas de Tolosa y en el Salado, como después frente a Granada, y se sacrificaba a cada paso en los altares de la Religión y de la Patria; mientras llenaba de fortalezas y castillos las crestas más empinadas de nuestros montes, y sembraba de ricos alcázares y

soberbios palacios el suelo de nuestras viejas ciudades, y la tierra toda que reconquistaba de Iglesias y Monasterios, y los Monasterios y las Iglesias de capillas suntuosas y de magníficos sepulcros, que recogieran sus cuerpos envueltos en hierro para esperar en ellos la eternidad, y ponía arrogante sus yelmos y sus blasones, tributo supremo a la raza y al arte, sobre todos los muros y todas las puertas, se entregaba a la tarea que consideraba la más noble, e apuesta, e sabrosa, haciendo el *Libro del Conde Lucanor*, escribiendo la vida tormentosa del pobre Rey Don Pedro, dando a Castilla las *Generaciones y Semblanzas*, formando el *Libro de las Claras et virtuosas mujeres*, dándonos el *Arte Cisoria*, y el *de Trovar*, haciendo el *Regimiento de Principes*, y el *Rimado de Palacio*, y el *Libro de Cetrería*, traduciendo la *Divina Comedia*, y la *Eneida*, y las *Décadas* de Tito Livio, componiendo versos inmortales en loor de la Serranilla,

*Moza tan fermosa  
non vi en la frontera  
como una vaquera  
de la Finojosa;*

y exhalando sus ayes doloridos, que otra ninguna lira ha aventajado, sobre la tumba recién abierta del insigne Conde primero de Paredes.

No es ciertamente vulgaridad menor, ni menos afortunada, eso de que los Reyes *Católicos* acabaron con la vieja Nobleza, que estamos oyendo y

leyendo a cada paso, cuando la buena crítica y el conocimiento exacto de los hechos nos forzarían a reconocer que fué con los abusos de los Magnates, con sus intrusiones, arrogancias y desacatos, con el hondo espíritu de rebeldía, por la debilidad de los Reyes Trastamaras consentido y fomentado, hasta llegar al escándalo inaudito del destronamiento de Avila, con lo que aquellos grandes Soberanos tuvieron el valor de concluir. Los Reyes *Católicos* dominaron enérgicos aquellas ambiciones que ponían en peligro y en desdoro a la misma Realeza: ella, la gran Reina Doña Isabel, nunca olvidada de la humillación por que pasara su altivez de Princesa Real ante las pretensiones matrimoniales de Don Pedro Girón, cuando el Maestre famoso de Calatrava, tronco de la Casa de Osuna, y el Maestre de Santiago Don Juan Pacheco su hermano, que lo fué de vuestra Casa de Villena, eran, cual el noble poeta los proclamó,

*Maestres tan prosperados  
como Reyes.*

Y los convirtieron a todos, de pequeños Soberanos que querían ser, en grandes Señores que eran solamente, relegándolos a su verdadero papel, de los que fué el Monarca *primus inter pares*, pero por mil razones el primero, la Nobleza por bajo del Trono, no a su nivel ni a veces por encima, nunca privada de su natural poder, ni amenguada en sus legítimos privilegios. Ella, con los Reyes *Católi-*

cos, con Carlos V y Felipe II, vivió poderosa, influyente y respetada: el gran Cardenal Mendoza, el Almirante Don Fadrique, el buen Conde de Haro, el Duque del Infantado y el Conde de Tendilla, brillan en primer término en el gran reinado que hizo la unidad de España, que descubrió el Nuevo Mundo, que alzó verdaderamente los sólidos cimientos de la moderna Patria: el Condestable, el Marqués de Astorga, el Duque de Alba, el Conde de Benavente, el Marqués de Cañete, lucen alrededor del sol esplendoroso que se llamó Carlos V; bajo Felipe II los *cinco Duques* ¡y qué Duques!, el de Pastrana, el de Feria, el de Osuna, el de Alcalá, el de Baena; los de Lerma y de Uceda gobiernan con Felipe III; el Conde-Duque y Don Luis de Haro con Felipe IV; Medinaceli y Oropesa con Carlos II. Ellos conservaban y aumentaban bajo los Austrias sus feudos, sus Estados y Señoríos, aconsejaban los primeros a los Reyes, los representaban en todas partes, educaban y formaban a los Príncipes, dirigían los ejércitos de Tierra y Mar, gobernaban en los Países-Bajos, en Italia, en las Indias remotas e inmensas, y, abiertos a todos los méritos nuevos, pero grandes, o por mejor decir, extraordinarios, colocaban en las primeras filas de la Rica-Hombría al hijo de Co'ón, y lo casaban con una Toledo de las de Alba, y enlazaban a Hernán Cortés, el modesto hidalgo extremeño, que sus hechos asombrosos convirtieran en Marqués del Valle de Oaxaca, con la hija del poderoso Conde de Aguilar y Señor de los Cameros, y

a las propias hijas del Conquistador de México con los Enríquez y los Quiñones, y daban por mujer una Girón al nieto de Francisco Pizarro, hecho Marqués de Las Charcas, aunque varias veces bastardo. Ella siguió siendo la primera en el servicio de la potente Monarquía, la señora de la mitad al menos del territorio nacional, sin que fueran jamás obstáculo aquellas grandes ocupaciones en la gobernación del Estado, cuando mandaba en el nombre augusto de la Católica Majestad los vastos pedazos del Imperio español diseminados por dos mundos, o representaba a sus Reyes, con fausto, con inteligencia y con gloria, deslumbrando a los Soberanos de Europa en sus célebres Embajadas, para que cantase con Garci Lasso de la Vega, en las riberas misteriosas del Tajo,

*El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso;*

para que escribiese la Historia con las plumas de oro de Don Diego Hurtado y de Don Bernardino de Mendoza, de Don Carlos Coloma y de Don Francisco de Melo; para que llenase la Corte de las punzantes sátiras del Conde de Villamediana Don Juan de Tassis; para que hiciese con el Príncipe de Esquilache Don Francisco de Borja el poema heroico *Nápoles recuperada*; para que iluminase de singulares resplandores nuestro pasado con el Marqués de Mondéjar Don Gaspar Ibáñez de Segovia; todos ellos glorias de nuestras Letras, de nombres como

los que más respetados y esclarecidos en nuestros fastos literarios. Y cuando llegó para aquéllas la decadencia, con el declinar también de la Monarquía, y comenzó el siglo XVIII y un Príncipe francés ocupó el Trono de España, fué a un Grande de la más encumbrada representación y de la estirpe más ilustre, a quien tocó por suerte elevar para su conservación, y para la defensa de la lengua misma, esta fortaleza incommovible, que forma, va ya para dos siglos, vuestra gloriosa Compañía.

No puede seros ingrato que me detenga algunos instantes, aun abusando un poco de vuestra hidalga condescendencia, en el recuerdo simpático y amable del Marqués de Villena y Duque de Escalona Don Juan-Manuel Fernández-Pacheco, que es vuestro Cardenal de Richelieu, y el que habrá de ofrecerse como modelo a las generaciones actuales, y a las que habrán de sucedernos, si la Nobleza española ha de vivir, y ha de vivir como a tan claras tradiciones y a todos estos antecedentes verdaderamente corresponde, acabando con el sueño prolongado a que está entregada, con la verdadera catalepsia que presenciamos, tan parecida a la muerte. Yo he tenido el honor de escribir la biografía del Marqués-Duque, hasta ahora quizás más detenidamente que nadie, y os declaro que nada hay más hermoso, ni más consolador, ni que más despierte las esperanzas, que la vida accidentada y provechosa de este Magnate castellano, que lo fué todo, voluntario contra los turcos, herido en el sitio de Breda, General de la Caballería en

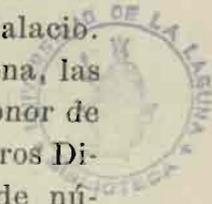
Cataluña, Virrey allí, y en Navarra, y en Aragón, y en el Rosellón y la Cerdeña, y en Sicilia y en Nápoles, Embajador extraordinario al Sumo Pontífice, Mayordomo Mayor de nuestro primer Rey Borbón, Caballero del Toisón de Oro, y, sobre todo y más que todo para su gloria, vuestro fundador y protector, y vuestro primer Académico, y vuestro primer Presidente y Director perpetuo; como que se había formado en la educación clásica que era estilo de los Señores de su tiempo, consumado en el conocimiento de las lenguas latina y griega, italiana y francesa, en las Matemáticas, en la Geografía, en la Historia eclesiástica y profana y en las Sagradas Escrituras, *tan versado* —dice un autor contemporáneo— *en todo género de estudios, adornado de variedad de noticias, y exercitado en la más exquisita erudición*. Nada más atractivo que la figura original de este Prócer ilustre, a un tiempo soldado, diplomático, gobernante, académico y cortesano, a mi juicio la más principal y relevante de su época, la más digna de cuidadoso estudio, por nadie hasta ahora hecho, aunque tan celebrado en vuestro seno por los Interián y los Casani, y fuera de esta Casa y de España por la pluma cáustica, magistral y descontentadiza del propio San Simón, que fué, el Duque francés y libelista sin segundo, siempre agrio, displicente y duro, ante quien casi nadie encontró gracia, su decidido y entusiasta panegirista. Y dejadme que os declare, acá para *inter nos*, esperando que no habréis de tomarlo a mal, que el de Vi-

llena me resulta siempre sobre toda ponderación simpático, hasta cuando, en plena alcoba de Felipe V enfermo gravemente, a los ojos atónitos de la Reina Doña Isabel Farnesio, él mismo viejo y doliente, y sin poder casi tenerse en pie, descargara furioso su bastón de Jefe de Palacio sobre las espaldas de Alberoni; bastonazos que, de parte de personaje tan piadoso, y de cristiano tan excelente, que estuvo a punto de ser él mismo Primado de las Españas y Arzobispo de Toledo, no se enderezaban, claro está, al castigo del Eminentísimo Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, sino del propio primer Ministro del Rey, italiano, extranjero, soberbio, intrigante y enredador.

De sobra sabéis que a ejemplo suyo, y a partir del día mismo de vuestra institución, toda la alta aristocracia de España, amante como Don Juan Pacheco de las Letras y de los literatos, llamó constantemente a vuestras puertas, y tuvo a tanta o mayor gala ocupar un sillón entre los vuestros, como ejercer los primeros cargos palatinos, o llevar la representación de la Majestad Católica a los otros Reyes de Europa, o gobernar el medio mundo que aún nos pertenecía; que en esos tiempos, generalmente con tan poco conocimiento juzgados, era la del espíritu que representáis una nobleza superior y aparte. Todas las grandes Casas de la Monarquía se apresuraban a inscribirse un día y otro en vuestro libro de oro, buscando esa especial ejecutoria que la Academia Española confería y confiere, y la primera de todas esa misma Casa de

Villena-Escalona, que os dió tres Académicos y Directores más, en el hijo y los dos nietos del que os fundara, el Marqués-Duque Don Mercurio-Antonio López-Pacheco, Capitán General de los Reales Ejércitos, vencedor en Brihuega y Villaviciosa, también Mayordomo Mayor de Felipe V y su Capitán de Guardias de Corps, «gran Señor, buen soldado, justo gobernante, fino diplomático, y amante y cultivador de las Buenas Letras, continuador en todo de las altas virtudes de su venerado antecesor», en Don Andrés-Luis Fernández-Pacheco, Caballerizo Mayor de la Reina, «heredero de la vasta cultura y del grande entendimiento de su abuelo paterno», en el Teniente General Don Juan-Pablo López-Pacheco, que fué el cuarto y último de esta verdadera Dinastía de Académicos y Directores, que todos se honraron reuniendo a la Academia naciente en su propio y hace tiempo derruido Palacio.

A imitación de esa grande Casa de Villena, las más altas y calificadas se disputaban el honor de figurar en vuestras listas, no ya entre vuestros Directores, sino entre vuestros Académicos de número. La Casa de Medina-Sidonia, la primera Ducal de los Reinos de Castilla, os dió, cuando eran todavía sus poseedores Pérez de Guzmán el Bueno, en el Duque Don Pedro Alonso, último descendiente directo del héroe legendario de Tarifa, un Académico perfecto, versado en idiomas, en el Derecho y en la Historia, cultivador de las Musas, traductor afortunado de Boileau, de Pirón y de Racine. La Casa de Osuna, en el apogeo de su for-



tuna y de su grandeza, cuando acababa de unirse a la de los Condes-Duques de Benavente, os dió, en el Duque Don Pedro Téllez-Girón, al que lo mismo hizo la guerra contra Francia que asistió laborioso y asiduo a vuestras juntas, y así está inmortalizado por el pincel atrevido de Goya que por la respetuosa amistad de Clemencín. La Casa de Alba, en su Duque de Huéscar Don Fernando de Silva Alvarez de Toledo, que la heredó luego, os dió a vuestro sexto Director, el que os instaló ya en una habitación del Real Palacio, y señaló su presidencia con ediciones del Diccionario y del *Quijote*, de la Gramática y la Ortografía. La de Abrantes, representación española de la fidelidad portuguesa, dentro de la misma raza de sus antiguos Reyes, os dió dos Académicos, en Don José de Carvajal y Lancaster, el gran Ministro de Fernando VI, el digno rival del Marqués de la Ensenada, vuestro Director igualmente, y en Don Lorenzo de Carvajal y Gonzaga, el Señor de Cabrilas y Anaya, cumplido caballero, de cultura extremada, conciliador y amable, amparo de sus compañeros perseguidos por la política, lazo de unión de la Academia toda, que desagravió a Don Ramón Cabrera y volvió a su Silla a Conde. Los Duques y Señores de Híjar, que cuartelaban en sus armas con las Reales de Aragón las Reales de Navarra, como nietos a un tiempo de los Jaimes y de los Teobaldos, os dieron a su Duque Don Agustín Pedro Fernández de Híjar, que fué poeta y escribió tragedias, que él mismo representaba en su Pa-

lacio de la Carrera de San Jerónimo—saqueado luego por la barbarie francesa—, bajo la dirección de Isidoro Máiquez, con damas y caballeros de la sociedad más encopetada. La Casa de Montellano, de los Adelantados de Yucatán, os dió, en su primer Duque y antes Conde, al que inventara para vosotros la empresa famosa del crisol y la conocida leyenda: *Limpia, fija y da esplendor*, que hace casi dos siglos constituye como vuestro lema nobiliario. La familia célebre y poderosa del Condestable de Castilla os diera al XIV Duque de Frías, soldado, orador, político y poeta insigne, al que elegísteis—él había de ser luego Marqués de Villena—cuando no tenía más que veinte años, y había en lo porvenir de llegar a los Consejos de Ministros y a escribir cien composiciones inspiradas, de las mejores que produjo jamás la Musa castellana. La Casa de Montijo, de que en nuestros propios días una gran española realzó el viejo lustre, compartiendo con un Napoleón el Trono de Francia, os dió a Don Eugenio-Eulalio Portocarrero, Conde de Teba, como lo fué después la Emperatriz, tan famoso con el nombre del *tío Pedro* en los revueltos comienzos del siglo anterior. La Casa de Puñonrostro, descendiente de Pedrarias Dávila, os dió al Marqués de Casasola, Conde luego de aquel Título. La de Almodóvar, que descendía de Pedro Menéndez de Avilés, el héroe de la Florida, os dió a su primer Duque y sexto Marqués, que fué Director de la Academia de la Historia, vuestra hermana, rival y vencedor de Campomanes en ella:

la de la Roca, de los Vera de Aragón, a su séptimo Conde y primer Duque, Capitán General de los Reales Ejércitos, Ayo de los Infantes de España, que os presidió muchas veces y en momentos difíciles y dirigió asimismo la de la Historia con acierto: la Casa de Gor, de la Sangre del Rey Don Pedro, os dió a dos Condes de Torrepalma, igualmente ilustres el padre que el hijo, grandes poetas ambos, celosísimos y laboriosos: los Marqueses de Vallehermoso os dieron a Don José Bucarelli, el brillante Oficial de Guardias, el elegante General, querido de todos, protector cariñoso de Don Juan Nicasio proscrito. La Casa de Santa Cruz, heredera de Don Alvaro de Bazán, mantenedora de sus glorias, os dió tres Directores, los tres inolvidables, celosísimos, paternales, en dos de sus Marqueses y en uno de sus segundones, el Don Pedro de Silva celebrado, que fué Sacerdote después de ser General, y a quien se ha declarado por algún historiador vuestro el primero de todos los Académicos, de no haber antes existido mi paisano Don Juan de Iriarte. Los Duques de San Carlos, recién llegados del Perú, los descendientes de Lorenzo Galíndez de Carvajal, otro hombre de letras insigne, os dieron, aunque traído principalmente por la política, al Duque famoso, el amigo de Fernando VII, su compañero de Valençay, después su Embajador y su primer Ministro. La Casa de Oñate, que había recogido con la herencia y la sangre de Villamediana su amor a la Literatura, os dió su mejor prenda en la que fuera luego Marquesa de

Guadalcazar, en la precoz Doctora de la Universidad de Alcalá, Maestra en Artes y Letras, y su Catedrática de Filosofía, a quien hicisteis galantemente, en los tiempos del *obscurantismo*, vuestra Académica Honoraria. Los Duques de Villahermosa, de la Sangre Real Aragonesa, que ponían como ahora alderredor de su Corona el *Sanguine empta sanguine tuebor*, os daban, sin embargo, a su Don Juan-Pablo; los de Rivas, de los Saavedras legendarios de Andalucía, os daban a su Don Angel de Saavedra, conducido hasta vosotros por *El Moro Expósito*, por los *Romances Históricos* y por su incomparable *Don Alvaro*; los Condes de Guendulain, de la vieja Nobleza navarra, Monteros Mayores de su Reino, os dieron al Barón de Bigüezal, luego Conde de aquel Título, ya el laureado cantor de *El Cerco de Zamora*, Ministro de la Reina después. Y, por fin, los Condes de Pinohermoso, venidos desde los campos de Orihuela, que sus antepasados ganaron,

*de la oriolana margen del Segura,*

os ofrecían en el Roca de Togores, que fué más tarde Marqués de Molíns, a vuestro principal historiador, a uno de vuestros más activos miembros y de vuestros más celosos Directores, con tanta gloria vuestra y suya, a la par que Embajador y Ministro en los grandes reinados que van entrando ya en los dominios de la Historia. Todo esto, que es como la exposición de una gran parte de

la espléndida galería de vuestros retratos de familia, sin invocar el recuerdo de los muchos Académicos Titulados, ni siquiera los de Montehermoso y Castañeda, Regalía y Carpio, y Escalonias, y San Felipe, y Salas, y San Juan de Piedras-Blas, ni el de los muchos que llevaron al pecho las cruces de las Ordenes Militares, no excluyendo de mi silencio a Pezuela, ni al mismo Jove-Llanos; todo esto es en gran parte vuestra vida, la vida fecunda, secular y gloriosa de la Real Academia Española: tal es la representación que dió constante a vuestro Instituto la alta Nobleza de España, para prez y lustre de ella y de él.

Pero habían empezado ya los malos tiempos a que el mismo Don Gaspar-Melchor pusiera airado la marca indeleble de su condenación y su anatema, preguntando en la *Epístola a Arnesto*, después de formular irritado las amargas quejas que todos recordáis y de hacer la tristísima desconsoladora pintura que todos conocéis:

*¿Es ésto la Nobleza de Castilla?*

No pudo imaginarse el gran pensador asturiano el espectáculo doloroso que habría de ofrecerse un siglo después a cuantos sienten, como sentía él, de tan vieja y pura cepa desprendido, el amor de esa Nobleza castellana, a la que reprochaba entonces

ya, con más o menos justicia, su conducta, su ceguera, su frivolidad, su alejamiento y su abandono de los altos deberes que le imponían su nacimiento y representación.

No hay que cerrar los ojos a la luz meridiana que nos envuelve con su claridad. Ahora sí que, por desdicha de todos, más que en aquellos días, la Nobleza española, olvidando en su mayor parte lo que hizo y lo que fué, vuelta de espaldas a las Letras, al trabajo y al estudio, marcha con tranquila inconsciencia a consumir su anulación y su suicidio: entregada casi exclusivamente a los deportes, o a los placeres, o a la pereza y la inacción, recuerda a la triste Reina de Francia y a las grandes Señoras de su tiempo, que habían emprendido desde la lechería de Trianón la senda del patíbulo vestidas de pastoras, entre los rústicos bucólicos placeres a que las brindaban engañosas las lecturas de Juan-Jacobo. Ahora sí que no hay el ansia honrosa de adornar y realzar las coronas de los Grandes, enlazando con los florones y las perlas heráldicas las palmas y los laureles de las Letras: ya no hay Academias ni reuniones en las casas de los Magnates, como las que el mismo *Gran Capitán* tuviera, *escuelas de la cortesanía y de la magnificencia*, después de haberse paseado triunfador por los campos de Italia, en el filosófico retiro de *sus agujeros de Loja*; ya no hay salones literarios, como Madrid los tuvo hasta ayer mismo, a pesar ahora de alguno que otro generoso intento, sofocado por los gustos modernos frívolos e insustanciales; ni hay el

placer sublime de estos torneos del espíritu, a que la Nobleza española salía con el mismo entusiasmo que fuera al *Paso Honroso* de la Puente de Orbigo Don Suero de Quiñones.

Ya, cuando desaparece de entre los vivos una gentil y hermosa Señora, nacida en las alturas, en las alturas admirada, no se forman *Coronas fúnebres*, como la que tejieron los poetas del siglo anterior, Larra, Martínez de la Rosa, Gallego, Tapia, Quintana, Ventura de la Vega, Lista, Donoso Cortés, Rivas, Arriaza, para aquella malograda Duquesa de Frías, que se había casado en medio de los horrores de la guerra, inspirando el recuerdo de su boda a su propio egregio marido los magníficos versos, reflejo fiel del modo de pensar de una generación viril, que compartía sus amores entre las armas y las Letras:

*No las sacras antorchas reflejaron  
mármol bruñido y regios artesones,  
sino el hierro marcial de los pendones  
que en la patria defensa tremolaron.  
De un bondadoso agricultor el lecho  
fué el lálamo nupcial: sirvió mi espada  
de espejo a la beldad que el alma llora,  
y en amor y valor mi pecho ardía.....  
¡Campos famosos de la antigua Baza,  
eternos sois en la memoria mía!*

— Cuando la principal Nobleza española separó la vista desdeñosa de las Letras y del estudio—con las honrosas actuales excepciones que vosotros aquí,

y vuestros compañeros de las otras Academias, os apresuráis siempre a recoger, y para las que todo aplauso resultará siempre poco —, renunció, sin darse cuenta, a la suprema intervención que le tocaba de derecho en la vida de su país, a la dirección intelectual de la sociedad española que en tan gran parte le correspondía, a la alta política misma que había de dirigir, o de coadyuvar en primer término a su dirección. Todas las cosas tienen entre sí una conexión tan honda y tan estrecha, que no cabe separarlas a capricho: sean las que fueren las vicisitudes de los tiempos, decía al Patriciado Romano aquel gran Papa y pensador eximio que se llamó León XIII, la aristocracia de la sangre, con la del talento y la fortuna, han de gobernar el mundo, y «un nombre ilustre jamás dejará de tener grande eficacia para el que sepa dignamente llevarlo». No basta para esto encerrarse en el estricto cumplimiento de deberes, que podríamos llamar pasivos: gran cosa es mantenerse, por la dignidad de la vida, por el respeto de la Religión, por el ejercicio de la caridad, por el sentimiento de la familia, por el amor del bien y la consideración del propio nombre, gran Señor en medio de la pequeñez imperante; pero nada de ello puede ser bastante en estos momentos de lucha y de combate, en que todo aparece amenazado y puesto en peligro.

La alta Nobleza española, como ninguna otra de Europa, volvió tiempo hace las espaldas al servicio directo de la Iglesia, olvidando que le había

dado en el transcurso de los siglos, para gloria inmarcesible de una y otra, páginas inmortales, donde estaban escritos sus nombres, los de aquella brillantísima cohorte de famosísimos Cardenales, de santos Prelados, de temidos Abades, guerreros y escritores al par, de piadosos Canónigos, de Religiosos esclarecidos, salidos de las primeras Casas de la Monarquía; olvidando que fué un Guzmán el que fundó la Orden de los Padres Predicadores, y un Loyola el creador incomparable de la Compañía de Jesús, y un Borja y un Xavier las primeras ilustraciones de esta milicia insigne, y antes un Cardenal Mendoza el principal instrumento de la Providencia para hacer a España, dejando apenas ahora, desperdigados por acá y por allá, un Benavides, un Cascajares o un Spínola.

Ella volvió las espaldas al ejército, que constituía él solo una gran nobleza, la nobleza de los que están a toda hora dispuestos al sacrificio de su sangre, al holocausto de su vida, en los altares de la Patria, de los que nos garantizan a cada momento la seguridad, el honor, la hacienda, la tranquilidad, la libertad y la independencia nacional, sucesores de los que conquistaron el mundo a la sombra de nuestra bandera, y entre los que tuvieron siempre sus abuelos el primer lugar; aunque la justicia nos obligue a reconocer que hoy figura en sus filas la juventud patricia, en una reacción patriótica que nunca se celebrará bastante, en una nueva explosión de los más altos sentimientos que merece todo nuestro aplauso, en un tornar al amor de los

amores que abre nuestros corazones a las más justificadas esperanzas.

Ella volvió las espaldas a la política, que yo no he de llamar con este nombre a figurar aislado y mudo en una u otra Cámara, entusiasmándose con la elocuencia ajena, siguiendo taciturnos las ajenas inspiraciones, figurando como simples soldados, en ésta o la otra fracción, a las órdenes de éste o del otro afortunado capitán; que intervenir en la política es penetrar en sus entrañas y subir hasta sus alturas, jugar el gran papel que en su escena les corresponde, estudiar detenidamente los grandes problemas que el gobierno de los pueblos ofrece a la seria meditación de los que aspiran debidamente a ejercerlo, hacer lo que el Conde de Aranda, más o menos a nuestro gusto, hacía en el siglo XVIII, y en la primera mitad del XIX hacían aún Toreno, O'Falia, Frías, Viluma, Rivas, Miraflores, para llegar a ser grandes Ministros, Presidentes respetados de las Cámaras y hasta autorizadísimos Presidentes del Consejo. Ella no quiere por lo visto hacer honor a la célebre frase de un gran filósofo y estadista extranjero: *No hay gran Rey sin gran Ministro*, que pensaba sin duda en lo que fueron para el propio Luis XIV un Colbert, un Le Tellier, un Louvois y un Séguier; y, distraída en atenciones de escasa monta, nada hace por contribuir a la grandeza de su Soberano, subiendo hasta los Consejos de la Corona, para ayudarle a ser gran Rey siendo ellos Ministros grandes, como lo fueron sus más próximos abuelos de Carlos III y de Isabel II.

La alta Nobleza ha vuelto las espaldas a la Toga, de que revestía a sus hijos segundos, después de hacerlos cursar en los célebres Colegios Mayores sólidos y fuertes estudios, para llenar luego el Consejo Supremo de Castilla y los otros todos de estos Reinos, y las Chancillerías y las Audiencias en España y en Ultramar, de todos esos nombres respetables, de que otros nobles juristas y literatos, Ruiz de Vergara y el Marqués de Al-bentos, nos han dejado por fortuna el más interesante catálogo.

Ella volvió las espaldas a las grandes especulaciones mercantiles, aunque siguiendo en esto en realidad las tradiciones de su país, al revés de lo que hicieran los grandes Patricios genoveses y venecianos, que dejaban el alto comercio para ser Duxes y Senadores, y ejercer las más altas dignidades de aquellas aristocráticas repúblicas, sacando a lo mejor de la vida de los negocios a un Ambrosio Spínola, para que llegara a ser el primer Marqués de los Balbases y el primer General de su tiempo; y, sin quererse enterar de lo que en estos asuntos pasa fuera, se mantiene distanciada de lo que representan en el moderno vivir las agitaciones industriales y bursátiles—con alguna, quizás única, simpática y plausible excepción, más plausible y más simpática cuanto más sola—; ejemplo acabado de que puede ostentarse con absoluta dignidad un gran nombre, de los más celebrados de nuestra Historia—que mucho lamento no sea costumbre pronunciar aquí—, consagrado el que lo lleva a

las altas y provechosas iniciativas que todos sabéis y celebráis seguramente.

Nuestra alta Nobleza parece, en suma, que se aleja de todas esas grandes manifestaciones del vivir patrio, como se aleja sin duda, más o menos conscientemente, en estos nuevos rumbos extraños de la educación general de las que fueron clases directoras, de este culto sagrado y tradicional de las Letras, a que todo le brinda, que es además un gran placer, con el que ningún deporte material podrá compararse jamás, dejando que otros más decididos, más audaces, menos indolentes y mejor preparados, preparados en el Foro, en el periodismo, en la Cátedra y en la Literatura, manejen a su antojo el vivir nacional, mientras ella consume lentamente, con nobles honrosísimas excepciones, los todavía grandes heredados prestigios en una indolencia mortal, de que haya de dar algún día estrecha cuenta ante Dios y la Historia.

Todo esto coincide fatalmente con el bajar de la Nobleza en otros órdenes importantes, pues al mismo tiempo que el del espíritu, se le escapa por instantes el dominio de la tierra, que ella había ganado al precio de su sangre, desde Covadonga hasta Granada, y que la ley vinculadora defendía sabiamente de la mala administración, de las locuras, de las prodigalidades, de los despilfarros y de los caprichos de sus propios dueños. El cuadro es triste verdaderamente, y yo creo que se presta un gran servicio a la Patria, a la Monarquía, a la Nobleza misma, presentándolo alguna vez sin velos

ni disculpas ni atenuaciones criminales, engañándola y engañándonos. Porque la Nobleza es en realidad una gran institución necesaria, en una Monarquía como la nuestra, en un pueblo viejo y de larga tradición y abolengo como el nuestro, y de todo punto compatible con las más progresivas democracias, que, recelosas y enemigas de todo lo que es hereditario, empiezan ya lentamente, a la vista de todos está, a reconciliarse con ello. Alguien dijo — me figuro que fué Taine — que una nación sin jerarquías es sencillamente una casa sin escaleras; creyendo yo que es obra meritoria y hasta patriótica el que todos contribuyamos en lo posible a que la noble casa que habitamos, y que todos queremos como se quiere al común solar, mucho más cuanto más viejo, conserve sus escaleras naturales, las que le formaran en su obra constante el tiempo, los servicios, los trabajos y los prestigios de tantos siglos, y no se vengán abajo ruinosas y deshechas por la desidia criminal de sus indiferentes moradores.

La alta Nobleza ha perdido sin duda una gran parte de la tierra que le da el nombre: los nidos famosos de las águilas, sin águilas ya que cobijar, se desploman en el olvido: las águilas volaron, y los nidos quedaron como pobres cuerpos sin almas, abandonados y desiertos, condenados a deshacerse y a morir: apenas, por acá y por allá, una mano piadosa apuntala éste o aquel castillo, restaura ésta o aquella fortaleza, mantiene con filial amor éste o aquel palacio, ésta o aquella vieja casa solarie-

ga, que fueron, en cualquier peñón lejano, en cualquiera lugar escondido, en cualquiera ciudad de provincia o retirada aldea, la cuna veneranda de la raza.

¿Qué es lo que queda del Alcázar de Escalona, donde pasó su seria juventud vuestro fundador y su Duque, el *Escolar* famoso, donde se formó su gran carácter, de donde salió preparado para sus altos mandos, sus grandes cargos, sus variados y difíciles puestos el gran Marqués de Villena? ¿Qué resta del Palacio de Medina-Sidonia, donde los nietos de Guzmán el Bueno soñaron en ser Reyes, arrancando las Andalucías al cetro de los Austrias, mientras, más afortunada, una Guzmán les arrancaba para los Braganzas, y para sí propia, como su Duquesa que era, el Reino entero de Portugal? ¿Qué resta del Alcázar de Cábra, de donde el gran Conde Don Diego acudió a su sobrino, el Alcaide de los Donceles, para la batalla memorable de Lucena, en que el anciano y el adolescente, ambos Fernández de Córdova, hacían juntos su prisionero a Boabdil, y tomaban a un tiempo para sus armas la figura encadenada del mísero Rey *Chico*, y para lema de su blasón, en emulación respetable, los dos versículos del Evangelio de San Juan, el SINE IPSO FACTUM EST NIHIL, el OMNIA PER IPSO FACTA SUNT? ¿Qué resta del Palacio Señorial de Marchena, cuna del Marqués de Cádiz renombrado, residencia de los Duques de Arcos, célebres todos en la vida nacional con el histórico nombre de Ponce de León? ¿Qué resta del Castillo de los To-

ledos en Alba de Tormes, de donde el Duque Don Fernando salió para guerrear y vencer en toda Europa, y que era desde Africa y Flandes, y desde Italia y Portugal, el objeto constante de sus recuerdos y cuidados? ¿Qué resta del Castillo de Benavente, solar de los afamados Pimenteles, los del *Más vale volando*, entre los cuales toca el primer puesto al *Castellano leal*, aunque hijo de la fantasía inagotable de vuestro Duque de Rivas? ¿Qué resta del Palacio de Astorga, cuyos Marqueses y Señores de la Casa Osorio, Canónigos de León como sus Reyes, disputaban a los de Villena la primacía de su Dignidad en toda Castilla? ¿Qué resta del Palacio de Tendilla, de donde salieron sus Condes a sus Embajadas memorables cerca de los Pontífices Romanos, a plantar por sus manos vencedoras el pendón de Castilla en la Torre mora de la Vela, entre el gran Cardenal de España y el Maestro de Santiago, como primeros Alcaldes de la Alhambra recién ganada, a pelear contra el moro en el Peñón de los Vélez y en los campos de Túnez con el valor que los hizo especialmente famosos en esa raza de Mendoza en que todos lo eran? ¿Qué resta del castillo de Monforte, por los Castros levantado, de donde salieron las dos hermanas, en la hermosura y en los infortunios iguales, Doña Juana para ser Reina de Castilla sólo un día, Doña Inés para reinar, *después de morir*, en Portugal, y luego los Condes de Lemos, *a quienes hicieron solamente Dios y el tiempo*, para representar *toda la lealtad de España*, para brillar como Mecenas esclarecidos,

pasando a la inmortalidad en los escritos de Lope, de Góngora, de Cervantes, de los Argensolas? ¿Qué resta en su Villa de Osuna del Palacio de los soberbios Girones? ¿Qué del de los Zúñigas, Justicias Mayores de Castilla, en la suya de Béjar? ¿Qué del de los Portocarreros en Moguer? ¿Qué del de los arrogantes Fajardos en uno y otro Vélez? ¿Qué del de los Beaumont, los Bastardos de Navarra poderosos, en su Villa de Lerín? El Palacio del Infantado, que asombró al Rey *Caballero*, no es de sus Duques, y aunque todavía conserve enhiesto sus escaleras, sus artesonados, sus frescos, cuando admiraron con asombro el Rey de Francia vencido en Pavía y sus ilustres compañeros, a raíz de su memorable derrota, no es ya morada de los altivos Mendozas, sino el asilo respetado de la familia nueva que forman allí las huérfanas de la guerra. El Palacio del *Santo Duque* de Gandía es todavía de la familia de San Francisco, pero no de la familia de la sangre, no de la de los Borjas, elevada a la Silla de San Pedro con Calixto y con Alejandro, sino de la familia mística y religiosa, de la Compañía de Jesús. ¿A qué seguir esta lúgubre relación? Apenas quedan, de las más de las un tiempo señoriales moradas, a cuyos recios muros fiaban los formidables antepasados el porvenir y la grandeza de los suyos, apenas quedan míseros torreones, albergue muchos de ellos de gitanos y forajidos: con razón podría decir ahora más que nunca el gran vate andaluz:

*¡De todo apenas quedan las señales!*

Vive nuestra alta Nobleza indiferente, como a su expulsión de la tierra, al movimiento de las ideas que agita y conmueve el mundo; y como ya no rige las conciencias con los Primados de Toledo, con los Prelados de Sevilla, de Santiago, de Zaragoza, de Tarragona, de Valencia y de Granada; como ya no manda en jefe los ejércitos, cual primero los Gonzalo de Córdoba y los Antonio de Leiva y los Alba, y luego los Baena, los Leganés y los Balbases, y más tarde los de la Mina y los Montemar, y últimamente los Romana y los Alburquerque; y como ya no lleva la dirección suprema de los asuntos públicos, como en el siglo XVIII mismo los Carvajales y los Arandas, y en el XIX los Torenos, los Frías, los Vilumas, los Rivas y los Miraflores; y como ya no crea, ni preside, ni inspira Institutos literarios de la significación de la Academia Española, desceñida la espada, en pedazos la toga, lejos el báculo y la mitra, ajena al tráfico y a las industrias, rota y en el suelo la pluma y muda la palabra, ausente de todos los lugares que llenó de sus grandes representaciones hasta hace poco, semeja como agotada, exánime y sin alientos, como condenada inexorablemente a la disolución, a la desaparición y a la muerte.

Yo no soy aficionado a buscar los ejemplos en la Francia moderna: la Francia de antaño, nuestra eterna enemiga, podía sin embargo forzarnos, quiéramos o no, a la admiración y al respeto, haciéndonos decir algo parecido al verso célebre de nuestro gran poeta:

*Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.*

La Francia de hoy despierta muy medianamente mis simpatías, o, para ser sincero, en nada las despierta; pero puesto que la moda tiránica lo quiere, y es entre las altas clases y entre todas elegante, persuasivo y hasta convincente evocar lo que pasa en Francia, sigámosla en buena hora. A través de cuatro revoluciones, diezmada por la guillotina, arruinada por la emigración, despojada por las leyes nuevas, sin cabeza y sin Rey, aún vive milagrosamente la Nobleza francesa, sin haber perdido jamás el gusto refinado de las Letras, y el que llaman *partido de los Duques* tiene siempre autorizada representación en el seno de aquella célebre Academia, y bajo la *coupole* como allí dicen. Ayer mismo, en la situación que siguió a Sedan y al derrumbamiento inesperado del Imperio, en la situación que restañó tantas heridas, que hizo de nuevo a Francia, la grandeza de la figura de Monsieur Thiers no ha sido bastante a borrar la de los tres Duques a cuyo alrededor giró la política toda de aquellos años memorables, el de Broglie a la cabeza del Consejo de Ministros, el de Audifret-Pasquier en la Presidencia de la Asamblea Nacional y del Senado luego, Decazes en el Ministerio de Negocios Extranjeros, miembros los dos primeros de la Academia Francesa, el de Broglie gran historiador y literato insigne, Pasquier orador y pensador eminente, Decazes fino y experto diplomático, los tres

prueba plena de que aquella gran Nobleza defiende sus posiciones, y para ello, naturalmente, estudia, trabaja, piensa, escribe y habla. Pagando ahora el horrendo crimen de su nacimiento, purgando el gran pecado de que corra por sus venas la sangre de los héroes que formaron aquella gran nación, arrojados violentamente a la oposición más extrema, los nobles franceses hacen todavía por las Letras lo que allí no se les consiente que realicen por la política, ni por las armas, y uno de los más grandes oráculos del pueblo vecino, una de sus voces más escuchadas, uno de sus primeros pensadores, uno de sus oradores más elocuentes, uno de sus más altos espíritus, el primero acaso de los que dirigen y marchan a la cabeza de la Francia antirrevolucionaria y creyente, es el gran patricio, Diputado y Académico, heredero de Chateaubriand y de Montalembert, que se llama el Conde de Mun. Yo busco con ansiedad en las filas presentes de la alta Nobleza española, histórica y secular, que vive felizmente al amparo de la Monarquía, algún Conde de Mun, y, lo digo con pena, no lo encuentro.

Pero todavía quedan a nuestra vieja aristocracia grandes elementos para luchar y resistir si ella lo quiere: esos nombres extraordinarios de la historia de España, que sobresalen, como faros luminosos, en medio del diluvio universal de Títulos y honores producidos por la democracia imperante, que improvisa a cuantos quieren serlo Duques, Marqueses y Condes, sin tradición, sin significación y sin pasado, tienen eficacia tal, que basta a los que los lle-

van querer salir de su inexplicable apatía, penetrar en la palestra con los antiguos heredados bríos, substraerse a la vida fútil y estéril en que se consumen desgraciadamente las viejas energías, para recabar la parte que se les debe en el puesto de honor que les han marcado los siglos. Todavía queda, a pesar de la desvinculación de todos, del despilfarro de muchos, de la división constante del vasto patrimonio, todavía queda en sus manos gran parte del suelo nacional: la riqueza territorial es acaso en la mayor parte suya; no es la antigua Nobleza colosalmente rica, acaso porque se le pueda aplicar aquella frase de Gyp, cuando decía que «nunca se es colosalmente rico cuando no se ha robado nada», pero es rica moderada y discretamente: todavía goza, más que ella misma cree, del prestigio acumulado durante las centurias por unas y otras generaciones de españoles ilustres, que creyeron en sus derechos, pero que creyeron aún más en sus deberes: todavía sus nombres significan muchísimo en la vida española, que lo que aquéllas hicieron en su sabiduría no puede terminar y desaparecer ante la locura de un rato; la verdadera magia de sus viejos nombres sonoros, repetidos por los siglos, se impone todavía al respeto y al cariño de las multitudes desorientadas. Yo quiero creer que no es nuestra Nobleza un cadáver, a quien sólo Jesucristo pudiera resucitar como a Lázaro, sino simplemente uno que duerme, y a quien el ruido de afuera, que crece cada día, ha de despertar y sacudir en cualquier momento.

Sí: es menester sacudir enérgicamente ese sopor letal, dar a los placeres y a la frivolidad su parte, y la suya indispensable al trabajo, al estudio y a la lucha, para que cada cual cumpla la misión a que lo destinó en sus designios la Providencia. Los golpes estridentes que la revolución da a todas las puertas, y que no despertaron antes a los Señores volterianos y enciclopedistas de la Corte de Luis XVI, ¿es de temer que no sacudan tampoco el sueño o la pereza de nuestras aristocracias distraídas? No es posible, ni español, ni cristiano siquiera, pasar tranquilamente la vida, generación tras generación, divirtiéndose descansados, holgando y quejándose de lo que no tiene remedio, sin intentar hallarlo a lo que puede tenerlo todavía: ni esto conduce a nada útil ni a nada serio, ni es, en resumen, pese a toda vanidad pueril, más que la confesión paladina de la impotencia y de la nulidad. Hay que dar a la Nobleza presente un ideal, el ideal necesario, sin cuya luz ha de faltarle más o menos pronto la vida: ¿qué más ideal que el de mantener las tradiciones que la formaron, que la hicieron lo que todavía es? Es forzoso que ella, como todos, según la frase de Voltaire, *cultive su jardín*: que todavía, aunque el rayo haya tronchado en él tantos árboles majestuosos y seculares, y la tormenta haya barrido sin piedad y en gran número plantas y flores, le restan dilatados campos fértiles, que pueden llenar de frutos abundantes el suelo de la Patria. Hay que tener fe en sí propia, y moverse a impulsos de esa fe redentora, haciéndose digna de

ocupar en el gran combate que se avecina, y que a ella, como a todo lo tradicional, amenaza feroz, el puesto de honor que la mano de la Historia imperiosamente le señala, si no quiere desaparecer cualquier día, y morir sin gloria, ella que nació de la gloria, y por la gloria fué lo que fué, cuando los grandes antepasados fundaban estas familias célebres, cuyos representantes corren hoy rápidamente, acaso con el brillo de la luz que se extingue, jinetes en *jacas de polo*, a su lamentable anulación. Hay que trabajar sin demora porque esta casa de los españoles no sea cualquier día la casa sin escaleras del filósofo: Inglaterra y Alemania, los dos pueblos más jerarquizados de la tierra, están ahí para nuestro ejemplo: cansados de la imitación en futesas que a nada conducen, imitemos alguna vez a los extraños en cosa importante y trascendental. Que no haya ahora ningún Anfriso, melancólico y desesperanzado, que pueda con razón preguntar a Arnesto:

*¿Es esto la Nobleza de Castilla?*

No quiero cansaros más, Señores Académicos, ni que este modesto discurso, hecho para mi presentación ante vosotros, vaya a resultar algo como tema más oportuno de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Sufrid que me haya permitido invocar vuestra autoridad en esta empresa ardua

en que me han metido mis particulares estudios, en bien de la Nobleza, que es bien de España y de todos; porque la sana y provechosa democracia, vosotros sabéis mejor que nadie, como sabéis todas las cosas, que no es el barullo, ni el desorden, ni la destrucción, ni la confusión, ni el caos, sino el atinado concierto y la natural intervención de todos, cada uno en el lugar donde la Providencia Divina, que sabe más que los hombres, sabiamente lo colocara. Estas escaleras de honor a que se refiere la frase de Taine—o, si no es suya, de Ernesto Renan, o de cualquiera otro La Cerda o Téllez-Girón de la nobleza intelectual del mundo—, han de salvarse y conservarse a todo trance, para que el magno edificio de la Patria española no se venga por su falta abajo, sino que se mantenga hermosísimo, ordenado, duradero y fuerte, como lo han conocido las edades y lo han admirado los otros pueblos, con todo el esplendor de sus antiguas y venerandas instituciones, entre las cuales, al par de las más altas, toca sitio tan principal, ahora como en los días de su principio, a la Real Academia Española, centro siempre del espíritu nacional, que vosotros mantenéis con el acierto que es notorio.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL SEÑOR

DON EMILIO COTARELO Y MORI



## SEÑORES ACADÉMICOS:

El dulce contentamiento que traen a nuestro ánimo solemnidades como la presente, donde el corazón se expraya en tiernas efusiones de amistad, al acoger un nuevo compañero, llamado a ilustrar con sus luces nuestras comunes tareas, templa y mitiga el duelo causado por la ausencia eterna de aquellos a quienes la muerte inexorable se com- plugo en arrebatarnos. Alternativa es constante de las humanas cosas; ley fatal e ineludible que impone la renovación incesante de la vida.

Hoy se viste de gala esta Academia para recibir en su seno al Excelentísimo Señor Don Francisco Fernández de Béthencourt. Ilustres Académicos llegan solícitos a darle fraternal abrazo. Público selecto honra y autoriza este noble acto, y sólo una circunstancia le falta para su cabal perfección y magnificencia. Que no sea el encargado de dar la bienvenida al Académico entrante aquel varón insigne cuya voz inspirada y elocuentísima habéis oído tantas veces y cuyo eco parece que vaga y suena aún en este recinto.

Tan familiar y conocida nos era, que casi no se comprende cómo puede haber recepción sin su concurso. Seguramente que al terminar el Señor Béthencourt su lectura os habréis forjado, por un momento, la idea de ver alzarse del sillón presidencial aquella augusta y veneranda figura, tomar el discurso en la mano, y con vigoroso acento pronunciar lentamente su característico «Señores Académicos».

Por desdicha ya no le volveremos a oír; y pérdida tan dolorosa para todos lo es, en el caso actual, más sensible para el Señor Béthencourt. Porque, ¿quién como aquel hombre ilustre pudiera ensalzar dignamente los méritos del compañero que hoy recibimos? ¿Quién otro que él no fuese apreciaría en justicia y expondría ante vosotros, con su oratoria a la par vehemente y razonadora, el valor de la obra de cultura y patriotismo en que el Señor Béthencourt viene trabajando hace más de treinta años?

Afortunadamente para el Señor Béthencourt, el fruto de sus loables vigiliass es tan notorio y conocido que, aun sin la escultural evidencia que le hubiera prestado la voz mágica y fascinadora de aquel gigante de la palabra, el simple recuerdo de sus tareas envolvería la justificación del honroso puesto que venís a conferirle. Bastaría el gallardo e instructivo discurso que acabamos de oír para considerarle digno de honrar esta Casa.

Porque el Señor Fernández de Béthencourt fué desde su primera edad inclinado a las Letras con la vocación irresistible que impulsa al héroe a mo-

rir por la patria, al santo a sacrificarse en pro de sus semejantes y al mártir a sellar con su noble sangre la fuerza de su creencia.

Y no es del todo ponderativa o hiperbólica la comparación; porque si bien los devotos de las Letras no son casi nunca santos y muy pocas veces llegan a héroes, lo que es mártires lo son todos, en mayor o menor grado. Unos llevan a su tumba la simbólica palma, emblema, no de triunfo, sino de constancia en su eterno vencimiento; otros, en cambio, la ven trocarse en verde y fresco laurel de victoria, que al fin ciñe y engalana sus sienes.

Yo no sé si el incruento, aunque siempre doloroso, martirio, en lo que toca al Señor Béthencourt, habrá durado mucho; presumo que no. Ante nosotros se presenta ya como vencedor, pudiendo ornar su pecho con la medalla de individuo de número de la ilustre Academia de la Historia, en la cual es además Censor digno y celoso.

No me detendré en enumerar los envidiables cargos y honores que ha disfrutado y conserva aún, así españoles como de otras naciones, porque, si bien éste sería lugar adecuado para ello, sé que ofendería su modestia, por cuanto sólo aspira a que se le tenga por literato en su acepción más amplia, esto es, devoto o consagrado a las Letras, condición en que cifra todo su orgullo.

Hijo de aquellas islas Afortunadas, tanto o más que por su plácido clima y rientes campiñas, vestidas de eterna primavera, por los hijos ilustres que ha producido, vió el Señor Béthencourt correr

allí los tiernos años de la infancia y mocedad primera. Muestras de su ingenio precoz fueron multitud de artículos y poesías, desparramados en periódicos locales. Algunos de estos esbozos juveniles incluyó en el libro que modestamente intituló *Para cuatro amigos*; y con verdad pudiera llamarlo no ya *Para algunos*, como Matías de los Reyes bautizó el suyo, en el siglo xvii, ni *Para muchos*, como hizo otro autor del mismo tiempo, sino *Para todos*, como el Doctor Juan Pérez de Montalbán quiso designar el suyo, tan curioso y divertido como suelen ser estas obras misceláneas cuando las adereza y sazona el verdadero ingenio.

Por cierto que entre los versos del libro, que son para su autor «fuente de recuerdos dulcísimos enlazados con las primeras afecciones de la vida», hay un romance descriptivo de una piadosa y antiquísima romería a la Virgen de la Candelaria, en la aldea de este nombre, perteneciente a la isla de Tenerife. Este lindo romance, compuesto por el Señor Béthencourt cuando no tenía veinte años cumplidos, está vivo aún en Canarias y con frecuencia lo recitan los peregrinos anuales al santuario.

El Señor Béthencourt no aspira al lauro de poeta; pero involuntariamente lo fué en este caso; y ¿quién entre los más encumbrados y descontentadizos hubiera repugnado el verse, no ya leído, sino recitado y aplaudido uno y otro año por todo un pueblo, en el acto y en el momento en que expresa lo más puro y sublime de su afecto: el sentimiento religioso?

Hay en esta poesía un sabor legendario tan perceptible, una sinceridad en el fondo y una noble y elegante sencillez en la forma, cualidades, como es sabido, las máspreciadas en este insigne ramo de la poesía popular, que no parece sino que está uno leyendo versos de igual clase del dulcísimo maestro Valdivielso o del incomparable Lope de Vega:

*Lejos del confin ibero,  
cual magníficas sultanas  
que en dulce letargo viven,  
indolentes, recostadas  
sobre divanes azules  
con mil adornos de plata.....  
bajo un cielo siempre puro,  
entre siempre puras auras,  
están mis islas queridas,  
están las islas Canarias.*

.....  
*Siete son, y entre las siete,  
como reina y soberana,  
como orgullosa señora,  
Tenerife se destaca,  
y audaz hasta el cielo mismo  
la regia frente levanta;  
la frente de blanca nieve  
con los cabellos de llamas.*

Es el famoso y temido Pico del Teide que eternamente recuerda el origen volcánico de las ricas islas.

Antes había el poeta hecho la ferviente invocación a la Divina Señora cuya fiesta va a conmemorar, y en pos de ella describe la aldea, el santuario

y la aparición milagrosa, origen de la romería, que se congrega el 15 de Agosto de cada un año.

Abandona luego el tono devoto y narrativo para romper, viendo el numeroso concurso, en estas exclamaciones:

*¡Allí va toda la isla,  
allí va Tinerfe en masa!....  
Allí los de Santa Cruz,  
los de la célebre Añaza,  
los nietos de aquellos bravos  
campeones de la patria.....  
Los hijos de las llanuras,  
los hijos de las montañas;  
los que viven en los valles  
y en las rocas escarpadas  
desde la punta de Teno  
hasta la punta de Anaga.....  
¡Allí va toda la isla,  
allí va Tinerfe en masa!*

Llenos los caminos de romeros sin que les arredren ni los rayos de un sol tropical, ni la abrasada arena, acuden montando los unos robustos dromedarios, de lento y firme paso, y los otros corceles de raza que exceden al viento en rapidez, sin que falten muchachas de garzos ojos, que, en más humildes cabalgaduras, traigan a la memoria del poeta la más pura y hermosa de todas las doncellas que en tal guisa hizo otro más santo y más penoso viaje.

Llegan al anochecer, cuando ya refulgen las estrellas del cielo y se divisan las luces de los barquitos de la playa, pues a orillas del mar es la

fiesta. Sacan en hombros de los devotos la Virgen de la iglesia y la conducen en procesión a la cueva milagrosa, con música, danzas y estrépito de armas y fuegos de artificio. Velan durante la noche los peregrinos desparramados por la playa, formando alegres corros en improvisadas viviendas; y vuelta la imagen a su altar, comienza el desfile de los devotos, llevando medallas y estampas, ellos en los sombreros y ellas sobre el velado y casto pecho.

*¡Ya se marchan los romeros,  
ya los romeros se marchan!  
¡Id en paz! Que Dios os guíe,  
católicas caravanas,  
traídas por el amor  
en sus voladoras alas  
desde el uno y otro extremo  
de la preciosa Nivaria;  
¡desde la punta de Teno,  
desde la punta de Anaga!*

Cuán bien sonarán siempre en los oídos tinerfeños estos castizos acentos, no hay para qué ponderarlo. Si todo el mundo ha sido poeta alguna vez en la vida, el Señor Béthencourt lo ha sido en ésta.

Pero no fué la poesía ni otras ramas de la amena literatura las que absorbieron la mayor atención del joven escritor. Dedicado al estudio de la Historia, y en ella a la parte o especialidad en que luego había de sobresalir, pudo, al abandonar su tierra nativa, dejar a sus paisanos un excelente y completo *Nobiliario de Canarias* que allí es tenido en el mayor aprecio.

Apenas instalado en esta Corte, comenzó a dar al público unos *Anuarios de la Nobleza de España* tan originales, exactos y nutridos de saber histórico que, arrebatados primero por los curiosos lectores, son hoy una rareza bibliográfica, porque encierran, en poco volumen, un tesoro de datos precisos y de noticias biográficas y genealógicas que en vano se buscarán reunidas en otros libros.

Atento a los sucesos políticos, en relación con las más altas instituciones, no sólo de España, sino de otros países, fué vertiendo su vasto saber, en lo referente a filiaciones, entronques y alianzas de los Soberanos de Europa, en eruditos artículos que ha empezado a coleccionar con el expresivo título de *Príncipes y Caballeros*. Fué y es el Señor Béthencourt, en la Academia de la Historia, uno de los individuos más solícitos en redactar y leer primorosos discursos en la recepción de nuevos compañeros, y doctos elogios de ilustres académicos que dejaron esta vida para franquear las puertas de la inmortalidad.

Y como todo ello no bastase a entretener su actividad mental incansable, ideó y puso en ejecución una empresa temeraria y tal vez imposible para otro autor de menos alientos: la gran *Historia genealógica de la Monarquía española*; no en la forma adocenada y raquítica en que plumas venales hoy la escriben, sino como la entendieron el inexhausto Esteban de Garibay en el siglo XVI, el grave y severo Salazar de Mendoza en el XVII y el juicioso, exacto y abundante Don Luis de Salazar y Castro en los comienzos del siguiente.

Sabían estos ilustres escritores y sabe el Señor Béthencourt, que en cada hecho de los más gloriosos de nuestra Historia hay uno o varios apellidos que con frecuencia afortunada se repiten uno y otro siglo. Indagar los orígenes de estas grandes familias, deslindar sus parentescos y filiaciones, restablecer y apurar la exactitud de sus actos es tarea en verdad digna de un amante de su patria. Así concebida la genealogía, mejor que un auxiliar, es la misma Historia en lo que tiene de más íntimo y esencial, pudiendo ser, a la vez, la más entretenida y amena de las narraciones.

Diez grandes volúmenes lleva ya publicados de esta obra colosal el Señor Béthencourt. ¡Diez volúmenes en gran folio!.... Se nombran muy deprisa, pero no se componen ni aun se escriben en poco tiempo.

Y ¿qué familias son las historiadas? Las más ilustres, las que mayor honra dieron a su patria: casi todas ya desaparecidas o muy transformadas, pues el Señor Béthencourt no adula a nadie, y esto bien habéis podido observarlo en el discurso que acabamos de oír. Acuñas, Pachecos, Girones, Borjas, Castros, Cerdas, Córdovas y Cuevas. A estos famosos apellidos seguirán los Enríquez, Fajardos, Figueroas, Guevaras, Guzmanes, Mendozas, Osorios, Pimenteles, Ponces de León, Quiñones, Sandovales, Silvas, Sarmientos, Toledos, Velascos y Zúñigas. Por cualquiera parte que se abra el libro de nuestras glorias no dejará de tropezarse con alguno de estos nombres o con varios a la vez.

No desconozco cuán decaídos están hoy estos estudios, ya por haberse aplicado a sujetos no dignos de ellos, ya por la ineptitud de sus profesores. Y esta censura, justa en cuanto a lo presente, se hace extensiva, con notoria exageración, a nuestros viejos genealogistas, que sólo pecaron, llevados de su excesiva credulidad, en dar origen demasiado antiguo o falso a las familias cuya historia trazaban. En lo demás suelen ser verídicos, como lo son Tito Livio, a pesar de las fábulas que recoge sobre los orígenes de Roma, y Plutarco cuando remonta la ascendencia de sus personajes a Hércules o Teseo.

Era entonces moda el buscar progenitores, no en la raíz misma de la Reconquista y en héroes puramente españoles, sino en príncipes extraños y remotos y en tipos legendarios o míticos, o bien no detenerse hasta oscuros patricios romanos, como los *Pimentarios*, *Corvinos* u otros semejantes.

Así placía más a los genealogistas derivar las familias para ellos caras, de aquel vándalo feroz que tenía en su dormitorio las armaduras sangrientas de sus contrarios muertos, sin que su vista repugnase tan horrendo trofeo, o de aquel bárbaro Rey que se embriagaba bebiendo en el luciente cráneo de su enemigo antes que del noble castellano, mártir de su fe monárquica que en la deshecha de Aljubarrota daba al Rey su caballo para salvarse y protegía la fuga a costa de su vida, o del otro que cercado de enemigos encarnizados y destituido de todo humano auxilio, caía acribillado de heridas besando la cruz bendita de su espa-

da. El primero, sin embargo, defendía el orden, la paz interior del Estado, y el segundo su hogar, sus hermanos, su religión y su patria.

Como estos actos sublimes eran comunes en España, y aunque un Toledo, como Don Gonzalo Ruiz, el célebre Conde de Orgaz, valía tanto como un Comneno de Oriente, y Alvar Pérez de Castro no era menos que cualquier cruzado francés o belga, preferían nuestros incautos genealogistas adornar los blasones de las antiguas familias con simbólicos atributos de hazañas nunca realizadas. Conceden a uno las veneras cuando no consta haya vestido en ningún tiempo la esclavina del palmero; a otro los roeles sin que haya cambiado jamás las doblas castellanas por los besantes de Palestina; a otros el *girón* de la sobrevesta ganado en batallas imaginarias, y en muchos escudos vemos sierpes aladas, dragones u otros monstruos vencidos, doncellas libertadas como Andrómeda o Melisendra, reyes orientales cautivados o restituídos en sus tronos: todo el caudal heroico de los libros de caballerías.

Pero esto ocurre sólo en los orígenes siempre oscuros aun de las más conspicuas familias. Porque cuando el genealogista trabaja sobre documentos auténticos no piensa ya en leyendas ni tradiciones engañosas. Ni tiene necesidad de semejante auxilio cuando hechos tan verdaderos como famosos solicitan de continuo la actividad de su pluma, y así y todo corta habrá de quedarse cuando elogie, por ejemplo, a aquella gran familia cuyos cabezas, vencidos y muertos o vencedores, siempre en gra-

do heroico, dan que admirar a todos y hasta despiertan la musa del pueblo, que en melancólicas endechas «por la *sonada* de los *Comendadores de Córdoba*», cantaba la funesta pérdida de un gran caballero, perteneciente a aquella familia:

*¡Ay Sierra Bermeja,  
por mi mal te vi,  
que el bien que tenía  
en ti lo perdí!*

*En ti los paganos  
hallaron ventura;  
tú de los cristianos  
eres sepultura.  
Tinta tu verdura  
de su sangre vi...*

*Mis ojos cegaron  
de mucho llorar  
cuando le mataron  
a aquel de Aguilar.  
No son de callar  
los males que vi,  
que el bien que tenía  
todo lo perdí (1).*

También el abuelo de este Don Alonso de Aguilar había muerto en pugna contra los agarenos; más dichosos sus primos en la batalla de Lucena, cautivaron al Rey Boabdil, y el elogio de su hermano estará hecho con sólo nombrar al Gran Capitán. ¿Merecerá esta familia que se escriba su historia?

---

(1) *Coplas sobre lo acaescido en la Sierra Bermeja y de los lugares perdidos. Tiene la sonada de los Comendadores*. Sevilla (reimpresión), 1889, página 7.

Pues no menos difícil sería al cronista ensalzar debidamente a aquella otra Casa que tiene en Don Rodrigo González Girón, Mayordomo Mayor de San Fernando, uno de sus más excelsos progenitores, y llegar hasta el esforzado Maestre que delante de Loja perdía la vida, atravesado el pecho por una saeta que le entró por el encaje de la armadura en el costado, yendo con la espada en alto al excitar al combate a sus leales caballeros. También el valiente mancebo fué asunto poético de muchos romances que se recitaban por toda España:

*¡Ay Dios, qué buen caballero  
el Maestre de Calatrava!  
¡Oh cuán bien corre los moros  
por la vega de Granada!...  
Por esa Puerta de Elvira  
arrojara la su lanza:  
las puertas eran de fierro,  
de banda a banda las pasa (1).*

¡Familia generosa que todavía en el siglo XVII daba muestras de su vigor y reciedumbre con el célebre Virrey de Nápoles!

Y ¿cómo no recordar, aunque sólo sea de paso, aquella otra, uno de cuyos fundadores dió origen a un tipo moral conservado en rancios proverbios, y en la cual sucesivamente el abuelo conquista al católico Monarca el reino de Navarra, el hijo joven de veintitrés años sucumbe valerosamente en los

---

(1) Romance anónimo: en Durán (II, 117).

Gelves y el nieto destroza en Mulhberg a los luteranos alemanes, domeña en Jeminguen y Mons a los rebeldes flamencos y en las postrimerías de su vida entrega a su Rey un reino ganado en una campaña de treinta días?

He citado con repetición la poesía popular cantora de las hazañas de nuestra vieja Nobleza, porque ésta, al revés de lo ocurrido en otros países, era y fué siempre, en cierto modo, democrática: tan íntima era su unión y su fraternidad con el pueblo.

Las necesidades de la guerra de reconquista hicieron que los nobles fuesen los más valientes, los más sagaces o los más hábiles en guiar a la victoria. Aquí no había ducados y grandes ducados independientes como en Alemania y Francia, ni marquesados señoriales como en Italia. Ni el noble se consideraba de raza distinta desde el momento en que veía que el Rey podía hacerlos y deshacerlos. A la más encumbrada nobleza subieron, entre otros, Don Alvaro de Luna, hijo natural de un hidalgo aragonés y una mujer de humilde clase, y Don Beltrán de la Cueva, simple criado del Rey. En bastardos recayeron las dos grandes Casas de Niebla y de Arcos, sin pérdida de su nobleza, porque, como decía el viejo refrán, «En Castilla el caballo lleva la silla» y porque el Rey hubo de legitimarlos por su rescripto.

De lo más alto del poder y la fortuna cayó el famoso Condestable de Castilla Don Ruy López Dávalos: todos sus bienes fueron confiscados, y sus

hijos y nietos hubieron de buscar en Italia porvenir y fama, y los que en España permanecieron no pasaron de simples y oscuros hidalgos. Más caro aún pagó Don Alvaro de Luna no su elevación, ni el haber detentado tantos años la Corona, sino el haberse cansado el Rey de favorecerle. Y dos siglos antes también Don Lope de Haro, Señor de Vizcaya, pagó con la vida un asomo de competencia con el Monarca Don Sancho aún no bien asegurado en el trono. Con la vida satisficieron, en tiempo de Alfonso el Onceno, sus tentativas de oligarquía feudal Garcilaso de la Vega, Alvar Núñez Osorio y hasta Don Juan el Tuerto, hijo del Infante Don Juan y Señor de Vizcaya.

Sólo un momento hubo en nuestra Historia, y corto por fortuna, en que la Nobleza como cuerpo quiso sobreponerse al poder Real y pareció haberlo conseguido. Es aquel en que el Rey Don Juan II, débil de condición y entregado a sus deportes, apartó de su lado al único hombre capaz de mantener el cetro en sus flojas manos y la corona vacilante en su cabeza. Ya no tuvo un momento de paz y de gusto hasta el fin de sus contados días. De concesión en concesión a la revuelta e insaciable aristocracia fueron él y luego su inepto hijo, rodando y cayendo hasta la afrentosa deposición de Ávila.

Bien se lo advirtió a tiempo el poeta más grande de su corte, pensando en este caso como verdadero vate, y pintando en breves y expresivos rasgos la anarquía reinante en Castilla:

*Son [cierto] a buen tiempo los hechos venidos.  
Tirancs usurpan ciudades y villas,  
al Rey que le quede sólo Tordesillas,  
estarán los Reinos muy bien repartidos.  
Los todo leales le son perseguidos;  
justicia o razón ninguna se alcanza;  
hoy todos los hechos están en la lanza  
y toda la culpa sobre los vencidos (1).*

Fuera de este bochornoso período, la Nobleza española cumplió siempre sus deberes políticos. Agrupóse lealmente en torno de los felices Reyes Católicos para dar fin glorioso a la reconquista. Doce mil vasallos y parientes presentó sola la Casa de Mendoza ante los muros de Granada. En los tiempos de Carlos V y los tres Felipes sirvieron en los ejércitos de mar y tierra, como Generales y como soldados; como Virreyes y Gobernadores en los Estados y provincias lejanos; con extraordinario lucimiento en las Embajadas y plenipotencias, donde imprimieron el sello de los más hábiles, cortesés y generosos diplomáticos de Europa. Bastará recordar los nombres de Don Francisco de Rojas, de Don Diego Hurtado de Mendoza, del Conde de Cifuentes, del Duque de Feria, Don Francés de Alava, Don Bernardino de Mendoza, Don Juan de Zúñiga, del Condestable de Castilla Don Juan Fernández de Velasco, del Conde de Gondomar, del Conde de Benavente, del Duque de Alcalá, del Marqués de los Vélez y otros ciento o más que en el espacio de un siglo ilustraron su nombre y su tierra.

---

(1) Juan de Mena: *Laberinto*, copla 8.<sup>a</sup> de las añadidas.

Y en todos estos puestos se conducían no como Grandes ni orgullosos magnates con relación a su Monarca, sino como súbditos humildes y servidores fieles. Así es que no dudaban en solicitar el apoyo de otros hombres más modestos, pero que estaban más cerca de los Reyes, como sus Ministros o Secretarios; tales eran los Cobos, Erascos, Idiáquez, Arces, Vázquez de Acuña y otros que por este camino llegaron también a la grandeza.

Y esto nos prueba una vez más que en España la Nobleza no fué nunca una casta, aunque sí una elevada clase social, a la que podían subir todos los españoles por diversos medios y especialmente por el favor Real; clase superior que decaía y se apocaba, si el esfuerzo individual no lo impedía viniendo a sostenerla, al fraccionarse los bienes de los segundones, aun de las más principales Casas. Así el nieto de un Duque no era muchas veces más que un pobre hidalgo de gotera, burla y escarnio de los plebeyos enriquecidos.

A esto y a la indolencia y flojedad de muchos hidalgos de su tiempo, aludía un alto poeta, ya en el siglo xv, diciendo:

*De grande tiniebla ofusca  
las leyes de gentileza  
quien no hace la nobleza  
y en sus pasados la busca (1).*

No despreciaba la hidalguía, ciertamente, pero la consideraba letra muerta sin el esplendor que

---

(1) Juan de Mena: *Coplas de los siete pecados*, copia 46.

puede darle ya la riqueza o ya los hechos famosos, el poeta dramático del siglo xvii, que, por boca de un sesudo personaje, decía a cierto presumido galancete:

*Aunque vos tengáis valor  
no penséis que yo no valgo,  
que si es bueno el hijodalgo  
el padre de algo es mejor.*

Y ¿quién no recuerda aquel Pedro Crespo del *Alcalde de Zalamea*, tan bien avenido con su modesta condición de pechero, aunque el más rico de la comarca? ¿Quién no le admira cuando, al negarse a comprar una ejecutoria de nobleza que le exima de gravámenes y vejaciones como la que, al fin, le cuesta la honra de su hija, lo hace no por desprecio a la clase, antes por creer que sirve así mejor al Rey y al Estado? Crespo, sin embargo, estima y respeta la hidalguía y espera que su hijo la obtenga; pero no por compra, sino en premio de sus buenos hechos en la guerra.

Y no sólo en las armas, en los Gobiernos y las Embajadas sobresalían nuestros nobles caballeros en tiempos, bajo muchos aspectos, más felices que los actuales, sino también en el ejercicio y profesión de las buenas letras. Y acerca de esto sí que no habrá necesidad de insistir después del magnífico alarde que el Señor Fernández de Béthencourt acaba de ofrecernos.

Y ved, Señores Académicos, cómo tiene una y mil veces razón en cultivar la Historia Nacional, mirada a la luz que irradian los hechos memora-

bles de tantos preclaros españoles, sin adular bajamente a nadie, y sólo con la vista puesta en el mayor lustre y gloria de la Patria.

El amor que profesa a la clase a que él mismo pertenece, explica cierta ruda y castellana sinceridad en los consejos que dirige a nuestra actual Nobleza. Muy mermada se halla (hablo de la antigua) y muy alejada parece del verdadero pueblo que hoy gobierna, o debe gobernar, no por las armas, ni por la riqueza, sino por la inteligencia, que es el más digno y racional imperio; pero es todavía una fuerza social viva y poderosa. Diríase que satisfecha con gozar de las ventajas y comodidades de la civilización moderna, deja a otros el cuidado y la molestia de velar por la buena dirección y gobierno del Estado, sin pensar en los peligros que entraña este retraimiento egoísta y, al cabo, suicida.

No se trata, ni el Señor Béthencourt aspira, ciertamente, a resucitar antiguos y hoy absurdos privilegios, pues la igualdad ante la ley es quizá la más pura y magnífica de las afirmaciones políticas modernas. Pero sí conviene que esa fuerza, hoy casi perdida, se una por modo eficaz a todas las otras para el fin común, que es el engrandecimiento de España.

Entonces quizá vuelvan a florecer entre nosotros un Príncipe Don Juan Manuel, el mejor prosista del siglo XIV; un Don Pedro López de Ayala, poeta didáctico y nuestro primer historiador que tal nombre merezca en orden al tiempo; un Don Enri-

que de Villena, humanista insigne, traductor de Virgilio, de Cicerón y de Dante, y propulsor eficaz del Renacimiento de Castilla; un Fernán Pérez de Guzmán, Señor de Batres, poeta, historiador, y más célebre aún por sus inimitables biografías de coetáneos que él llamó *Generaciones y semblanzas*; un Don Alvaro de Luna, autor de elegantes *decires* y moralizador agradable en sus *Virtuosas y claras mujeres*; un Marqués de Santillana, archivo de toda gentileza, ufano con su reconocida maestría en el arte de trovar, pues, como él decía, «la pluma no embota la lanza ni face floja la espada en manos del caballero».

Surgirán quizá del seno de nuestra grandeza poetas líricos, como Garcilaso, de dulce y eterna memoria; el Príncipe de Esquilache, versificador flúido y elegante, o el ingenioso Duque de Franca-  
vila; o bien historiadores como Don Bernardino de Mendoza, Don Carlos Coloma, Marqués de Espinar; uno y otro narradores, como César, de los hechos que ellos mismos ejecutaban; el Conde de Osona o el fecundo y erudito Marqués de Mondéjar.

Y tal vez, en fin, veamos aparecer un nuevo Don Juan Manuel Fernández Pacheco, Duque de Escalona y Marqués de Villena, nombre el más caro a todos vosotros, el cual, después de haber desempeñado cinco Virreinos, y siendo Mayordomo Mayor de la Majestad de Felipe V, vino a fundar, ahora hace justamente dos siglos, esta Real Academia Española. En ella fué uno de los

más sabios miembros, de los más asiduos y constantes en el trabajo. Le prestó generoso abrigo en su propia casa, y a ella consagró su influjo y toda la indomable energía de su alma hasta dejarla firmemente establecida. Varón verdaderamente grande, digno de los tiempos heroicos, que le hubieran erigido altares como a semidiós o numen tutelar de las Letras.

¡Saludemos, Señores Académicos, hoy, al cabo de doscientos años, esta augusta memoria!